

INTERVENCIÓN DE LA ALCALDESA DE MADRID,  
DOÑA ANA BOTELLA, EN EL HOMENAJE A  
DON AGUSTÍN PASCUAL (1818-1884)  
UNIVERSIDAD POLITÉCNICA DE MADRID

23 de abril de 2012

Don Antonio de Guindos, Delegado del Área de  
Gobierno de Medio Ambiente, Seguridad y Movilidad,

Don Álvaro Ballarín, Concejal Presidente del Distrito de  
Moncloa – Aravaca,

Don Javier Uceda, Rector de la Universidad Politécnica  
de Madrid,

Don Antonio Notario, Director de la Escuela Técnica  
Superior de Ingenieros de Montes,

Don Elías Fereres, Presidente de la Real Academia de Ingeniería,

Don Gregorio Montero, Presidente de la Sociedad Española de Ciencias Forestales,

((Don Nicomedes Díaz Piquero, autor de la escultura de Agustín Pascual))

Señoras y señores,

Quiero agradecer la invitación de la Real Academia de Ingeniería para participar en este homenaje a don Agustín Pascual.

Como Alcaldesa de Madrid –y también responsable del Área de Medio Ambiente– es un privilegio hablar sobre este madrileño ilustre. Sobre la labor de Agustín Pascual, que tanto hizo por la conservación de espacios tan ligados a nuestra ciudad como el Monte del Pardo o la Casa de Campo.

Sobre un madrileño que dirigió durante casi dos décadas la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País –fundada en 1775 por Carlos III, el rey-alcalde de Madrid–.

Agustín Pascual se inició a los 15 años en el servicio público –y lo hizo como profesor en un colegio de sordomudos–. Viajó a Alemania para formarse en técnicas del cultivo y aprovechamiento de los montes. Volvió a España para aplicar sus conocimientos en el cuidado de lo que hoy llamamos patrimonio medioambiental. Y también para impulsar la creación de la primera Escuela de Ingenieros de Montes.

Una Escuela que, en 1846, tuvo su primera sede en Villaviciosa de Odón, y después en El Escorial. Una Escuela que, como todos ustedes saben, siempre ha tenido una vinculación muy especial con la ciudad de Madrid<sup>1</sup>, incluso antes de establecerse definitivamente aquí en 1914.

---

<sup>1</sup> También ha existido una relación bastante estrecha entre la Escuela de Ingenieros de Montes y el Ayuntamiento de Madrid. Tradicionalmente ha habido una amplia representación de ingenieros de Montes en la plantilla del Ayuntamiento, y en la actualidad se cuenta con varios cargos de esta profesión, incluido el Director General de Patrimonio verde, y los dos Subdirectores de dicha Dirección.

A don Agustín Pascual le debemos que el conocimiento y cuidado de los montes se comenzara a trabajar como disciplina científica; le debemos también que se empezase a utilizar la estadística para hacer el inventario de la riqueza forestal pública.

Quienes después hemos tenido y tenemos responsabilidades medioambientales somos herederos de una cultura de profesionalidad y rigor en la gestión que don Agustín Pascual comenzó a sembrar a mediados del siglo XIX.

Hoy se acepta de manera general algo que a él le hubiera gustado escuchar: que conservar y crear nuevas zonas verdes es un compromiso intergeneracional. Un compromiso con las generaciones que nos han precedido y con las que nos sucederán. Por eso el patrimonio verde –y especialmente los parques y bosques como el Monte del Pardo o la Casa de Campo en Madrid– no sólo tienen un valor ecológico, sino también histórico y cultural.

También en lo personal, los madrileños estamos ligados a los parques de nuestra ciudad por el recuerdo de un domingo en familia, una lectura absorbente, un agradable paseo, un juego de infancia o, sencillamente, un momento de desconexión en medio del ajetreo cotidiano.

Agustín Pascual se alegraría de comprobar que Madrid es hoy una de las ciudades más arboladas del mundo. Parques, bosques y otro tipo de zonas verdes suman en la actualidad un total de 6.000 hectáreas.

Cuando imaginamos el Madrid del futuro –el Madrid por el que trabajamos desde el gobierno de la ciudad– pensamos en una ciudad en la que las zonas verdes recobran un creciente protagonismo.

Si en el último medio siglo el pulso de nuestra ciudad estuvo marcado por el desarrollo de grandes infraestructuras de comunicación –como la M-30 o la M-40– hoy somos conscientes de que nuestro crecimiento futuro pasa por añadir a estas infraestructuras el componente medioambiental.

De hecho, estamos haciendo de los árboles y de las zonas verdes auténticos elementos vertebradores de Madrid. Es el caso de Madrid Río, Valdebebas o la Cuña de O'Donnell. Como resultado, el mapa actual de este Madrid que crece en verde es, cada vez más, la imagen de esa ciudad saludable, acogedora y humana, que queremos.

Esta visión de Madrid no sería posible sin las bases que sentaron en el pasado sabios honestos y poco conocidos, eruditos sencillos y sin pretensiones como don Agustín Pascual. Es de justicia rendirle este homenaje y dedicarle las sesiones académicas que hoy y mañana se van a celebrar aquí en Madrid, en Valsaín y en La Granja de San Ildefonso.



El problema de los pioneros es que sólo se sabe que lo fueron cuando pasan los años. Don Agustín Pascual tuvo un sucinto reconocimiento, eso sí, en el único periódico que informó de su fallecimiento. El *Diario Español* del 23 de octubre de 1884 dijo de Don Agustín que fue “un docto académico, dedicado por entero a las ciencias, de noble y desinteresado corazón, y que murió pobre”. Hoy ha llegado el momento de agradecerle la enorme riqueza que nos legó.

Muchas gracias.